

Correlato sobre el tema “Manía” *

Carlos Saavedra
(Chile)

Descriptores: OMNIPOTENCIA / POSICION / ANSIEDAD DEPRESIVA / ANSIEDAD PARANOIDE / PSIQUISMO FETAL.

Los Dres. Manhaes, Portella, Hoirisch y Mario Martins, analizan en sus respectivos relatos los aspectos fundamentales de la manía con gran profundidad reflexiva. Difícil es discutir en un correlato simultáneo, con la justicia debida, el sinnúmero de hechos y significados que ellos abordan, por lo cual hemos preferido reducir nuestro trabajo a un análisis metapsicológico del fenómeno maniaco y a la luz de los conceptos que ellos proponen.

Este girará principalmente alrededor de la manía como posición y de su mecanismo básico la omnipotencia, como también sobre las relaciones del fenómeno maniaco con las angustias paranoides y depresivas

POSICION MANIACA Y OMNIPOTENCIA

Lo propuesto por la Dra. Manhaes y colaboradores respecto al establecimiento en la fase de transición de las posiciones esquizoparanoides y depresivas, de la posición maniaca, y el análisis exhaustivo del Dr. Mario Martins sobre el concepto de omnipotencia, dirigen de inmediato el pensar a los aspectos genético-evolutivos y energético-económicos del desarrollo de las defensas maniacas. Las bizarras manifestaciones de la exaltación maniaca que ocurren sin que se perturbe confusionalmente la conciencia o se disgregue el pensamiento, llevan a reflexionar qué factores son los que determinan que unas veces la energía espiritualizada se exprese caricaturescamente u otras veces alcance una expresión armónica y coherente, ya sea en el complicado nivel de la actividad creadora o en el más simple de los acontecimientos de la relación social trabajo y juego. Conteniendo los fenómenos maniacos elementos placenteros, narcisísticos y de amor y agresión, la investigación se inclina también a descubrir qué relación tienen la exaltación con las variaciones del ritmo tensión-relajación de la vida instintiva.

Baste recordar lo que han expresado los siguientes autores, para demostrar la importancia de este tipo de meditación en lo concerniente al estudio de la manía:

Freud: Compara al maniaco con el pobre diablo súbitamente enriquecido y afirma que la “libido que posibilita la manía debe ser ligada a la regresión de la libido al narcisismo

* Sociedad Chilena (de Psicoanálisis). Correlato de los Relatos de las Sociedades Psicoanalíticas de Río de Janeiro y Porto Alegre.

Abraham: Señala que el placer maniaco depende de tres factores, de los cuales destaca, en primer lugar, el ahorro del gasto de energía mediante la abolición de la inhibición aun normal de los instintos.

Rascovsky: Sustenta, basado en sus investigaciones sobre psiquismo fetal, que la posición maniaca constituye la más primitiva organización psíquica que conocemos, anterior a los esfuerzos que debe realizar el Yo para adaptarse a la realidad exterior después del nacimiento y que el Yo y su mundo interior primitivo se desarrollan por la omnipotencia incondicional y por la relación ideal de objeto.

Schilder: Imagina un reservorio maniaco biológicamente determinado y por lo tanto de naturaleza constitucional, aunque conteniendo sin embargo algunos elementos psicológicos “y que de tal reservorio emerge el fluido maniaco bajo el estímulo

- constante de los problemas suministrando a su vez energía para la solución de ellos”.

Lewin: Niega a la manía ser un postefecto de la depresión y sostiene que, en el desarrollo infantil, el prototipo de la relación sería la saciedad oral y la unión con el pecho, y que ésta precede toda manifestación agresiva infantil o adulta.

Los investigadores citados se refieren, en lo esencial, al aporte energético que facilita la manía y, en nuestro pensar, ellos están indicando al mismo tiempo la génesis de la omnipotencia, de cuyas transformaciones deriva su complejidad fenoménica.

El Dr. Mario Martins comenta que al atribuir a las energías instintivas la calidad precursora de la omnipotencia, no se estaría indicando nada singular y lo que interesa específicamente es comprobar que ellas surgen con características particulares que las presentan como fuerzas transformadas en deseos omnipotentes e impulsos irresistibles. En otros términos, lo que importa es entender la transformación que sufre la energía instintiva concentrada y acumulada en el Yo primitivo o más explícitamente, las variaciones de los instintos de vida y muerte.

De acuerdo con la connotación del Dr. Martins, pensamos que lo propuesto por él está también implícito en los comentarios de la Dra. Manhaes y colaboradores, cuando proponen a la manía como una posición surgida en el curso de la psicogénesis y en la fase de transición de lo esquizoparanoide a lo depresivo.

Nosotros queremos señalar además, que dada la génesis y esencia de la omnipotencia, no resulta exagerado considerarla como la más primitiva manifestación psicótica que inicia el devenir psicológico del ser. Curioso destino el del hombre, que para poder adaptarse a la realidad y controlarla, tiene que empezar por negarla o distorsionarla, requerimiento al parecer ineludible. La frecuente expresión, la vida es sueño o el elogio de la locura, que más de algún pensador ha hecho, son referencias a este singular destino.

Los malos entendidos que han provocado las descripciones de Klein acerca de la naturaleza psicótica de los estadios primitivos de la psicogénesis, han retardado mucho el entender cabalmente estos esfuerzos de la mente primitiva para poder conseguir el manejo de la realidad.

Es bajo el imperio de la omnipotencia primitiva, manifestación de los instintos arrasantes e inmovibles, cuando el hombre enfrenta la primera encrucijada existencial que es el trauma del nacimiento y cuando inicia el desarrollo de toda una estrategia de recuperación del estado nirvánico primitivo.

Concebimos la iniciación de la vida como un traslado desde el cómodo alojamiento intrauterino a través del poco grato viaje llamado parto a otro claustro, el extrauterino, el cual no abandonará hasta la muerte y en tanto pueda controlar los objetos que éste contiene apelando principalmente a la fantasía. Si logra ingresar a este claustro bien equipado, pletórico de potencialidades y es bien recibido y cuidado, su omnipotencia

primitiva zarandeada por el trauma del nacimiento, logrará temporalmente ser mantenida. Ayudado por su sensación de ilimitación oceánica podrá continuar ilusionado o alucinado, si se prefiere, seguir viviendo y tolerando experiencias displacenteras.

No atinamos aún a saber si este estado omnipotente es regido por un Yo innato que no ha conocido el dolor y la frustración o si el Yo surge a través de la experiencia del dolor que incitan las frecuentes llamadas de atención de parte del ambiente y de la propia estructuración de su fantasía y revelándose como una transformación de una parte de la totalidad del ser en su propio gerente para negociar el logro de satisfacción. La entrada al tenebroso mundo de las relaciones objetales, tal como la describe Klein, es como una experiencia inesperada para este incipiente Yo que no conocía la necesidad de movilizar su libido, desde el momento que el claustro intrauterino satisfacía ampliamente su narcisismo y que ahora, después de nacer, es obligado a proyectarla en objetos o a retirarla y volver a acumularla dentro de sí mismo en una lucha estratégica que no terminará hasta la muerte.

Enfrentando a los componentes de las vertientes internas y externas del mundo objetal y solicitado constantemente por la bipolaridad placer-dolor, tratará por todos los medios a su alcance de mantener su sentimiento de omnipotencia primitiva.

La irritabilidad propia de su masa constitucional en la traumática relación objetal, será llevada al rango de angustia que en adelante será su constante molestia y advertencia.

A su vez, ésta, a medida que progresa la psicogénesis, se expresará en rabia, dolor, depresión, vergüenza, miedo y culpa. Sólo circunstancias favorables le permitirán canalizar la energía instintiva en sentimientos dolorosos. Para hacer más gráfico lo anterior, imaginemos situaciones vitales primarias tan ideales que permitieran al recién nacido encontrar todas las facilidades para seguir viviendo omnipotente y por lo tanto como enajenado en el vivir cotidiano. Ocurre con más frecuencia lo contrario y en algunos casos las situaciones de frustración son tan abismantes que quedan sin fuerzas para configurar la primitiva posición esquizoparanoide. Sin embargo, a ciertos seres el destino les proporciona facilidades cercanas a las imaginadas en esa situación ideal y que, por lo menos en algunos aspectos, le ayudan a mantener su omnipotencia. Es sabido que las personas que más tienden a las reacciones hipomaniacas o maniacas, por lo general han nacido en hogares dispuestos a aceptarlas y cuidarlas, pero donde al mismo tiempo predomina la tendencia al control omnipotente de la supervivencia.

El singular personaje “Timón de Atenas” cuya complejidad existencial tan correctamente analizan la Dra. Manhaes y colaboradores, representa, a nuestro modo de ver, un buen ejemplo de cómo circunstancias favorables pueden ayudar el mantenimiento de la omnipotencia. Dado que los autores analizan a un Timón fantaseado por Shakespeare, no se puede dejar de señalar que el insigne dramaturgo se basó en lo que ya había impresionado de la vida de Timón a Luciano, Plutarco, Aristófanes y a Platón. Shakespeare no da muchos datos biográficos del personaje como lo hacen los autores antiguos mencionados y que lo presentan como a un hombre cuyas potencialidades fueron al parecer muy estimuladas por el hecho de haber nacido y criado en la opulencia, mimado y adulado por todos y convencido que sus cuantiosos bienes que juzgaba inagotables, le permitían dispensar la felicidad sobre la tierra. Sin embargo, este General victorioso, que en tanto gozaba de su riqueza no ocultaba su sensibilidad casi femenina, al ser brutalmente conmovido por la pérdida de sus bienes, y la traición y el abandono de sus protegidos, se transforma en el más cruel de los misántropos, dirigiendo su omnipotencia al odio y a la destrucción, y

a mantenerse en el aislamiento social lleno de fantasías rencorosas, lo que no logra hacer desaparecer Júpiter cuando impresionado por su infortunio le restablece su riqueza. Está pletórico de omnipotencia cuando exclama: “Los dioses mismos han dispuesto que reciba yo grandes beneficios de parte vuestra” o en otro pasaje de su discurso: “Nacimos para hacer el bien” y que termina sin embargo lleno de emoción diciendo: “Oh dicha, antes de nacer acabas, no puedo contener mis lágrimas, para que esta falta se borre bebo a vuestra salud”.

Esta misma omnipotencia se expresa en odio y rencor después de su ruina. En este estado, una vez le explica al filósofo Apemanto, quien estaba admirado ante las demostraciones cariñosas de Timón hacia Alcibíades: “Amo a ese joven porque veo que ha de ser causa para los atenienses de muchos males” y en la inscripción de la lápida que cubrió su sepultura:

“Yazgo aquí, despedida el alma triste Mi nombre no diré, sí mi deseo:
Perezcan malamente los malvados”.

La libertad y esclavitud del hombre, moviliza constantemente la omnipotencia. Ella lo lleva a la búsqueda de explicaciones, en las cuales proyectará sus primitivos sentimientos omnipotentes. Algunas de ellas serán mágicas, religiosas, científicas. Si estas explicaciones, especialmente las dos últimas, no le bastan recurre a la metafísica donde puede suceder que encuentre de nuevo el consuelo teológico y renueve sus esperanzas de cumplir su proyecto de ser dios o se conforma con verdades relativas, confiado en que estos son pasos necesarios para llegar a lo absoluto o alcanza el convencimiento que lo único que tiene existencia real es la nada.

Gracias a la omnipotencia se mantiene la ilusión de triunfo. Si existe genialidad, la exaltación omnipotente es auténticamente creadora. Sin genio, el hombre exaltado queda realizando puras piruetas ambiciosas.

Hemos tratado a la omnipotencia como sujeta en la psicogénesis a un proceso evolutivo que bajo las condiciones especiales del acontecer psicológico, descubre su calidad de derivado de un instinto o de mecanismo defensivo.

Iniciada en el comienzo de la vida misma, proyectada a objetos o surgida como sentimiento, su modelación es función de la especial capacidad integradora que alcance el Yo.

De acuerdo con lo anterior, tenemos dificultad para aceptar a la manía como una posición delimitada, es decir, una configuración de relaciones de objetos, ansiedades y defensas que persisten a través de la vida. Por lo mismo, encontramos discutible su establecimiento en la fase de transición de la esquizoparanoide a lo depresivo, donde la relación de objeto es nebulosa, ya que el Yo está recién iniciando la diferencia entre objeto parcial y total.

Al ser comparada la manía como posición, a la cabeza de Janus, habría que precisar si las posiciones esquizoparanoide⁵ y depresivas son puntos extremos contrapuestos a la posición maníaca concebida como punto medio.

Para nosotros, lo depresivo y esquizoparanoide forman un continuo íntimamente relacionado con la exaltación, ya actúe ésta como fenómeno inicial o epifenómeno.

Lewin afirma que Abraham y Klein ha puesto el carro delante del caballo cuando ven en la manía un postefecto de la depresión. Tal discrepancia revela una falla, tanto de uno como de los otros, en la evaluación fenomenológica.

De paso, anotaríamos que la metáfora de Lewin nos parece un sofisma. La manía como postefecto de la depresión no se puede comparar con un caballo tirado por la carreta, sino con el posible regocijo del caballo de arrastre, cuando al final del viaje es

liberado de su carga.

RELACION DE LA MANIA CON LAS ANGUSTIAS PARANOIDES Y DEPRESION

Las reflexiones respecto a este problema, de la Dra. Manhaes y colaboradores, replantean los conceptos de M. Klein y de otros autores como Katan, sobre el papel de la manía como defensa de lo paranoideo y depresión, o como estado prepsicótico de la esquizofrenia. Nuestra posición al respecto queda revelada con lo sobredicho. Sólo desearíamos señalar que en clínica estamos habituados a observar a la hipomanía y manía, no únicamente como entidades puras, sino incluyendo síntomas paranoides depresivos, histéricos, disociativos, psicopáticos, fóbicos y obsesivos, y al no infrecuente surgimiento de una psicosis paranoide o depresión en el curso de una manía o a raíz de ella. Estos hechos clínicos nos hacen recordar una experiencia muchas veces repetida en la práctica hospitalaria. Cuando en situaciones de emergencia como las que encara la asistencia urgida, psicóticos que han caído en estado de estupor o presentan mejorías no convincentes, empleamos la hiperestimulación anfetamínica que, como sabemos, logra inducir una exaltación maniforme.

Junto con ella, muchas veces sucede la explosión de delirios o síntomas esquizofrénicos o la acentuación de la autoacusación depresiva, que persisten después del cese de la excitación.

Ciertos casos de estupor, bajo el impacto excitante de la anfetamina, descubren su carácter histérico, catatónico o depresivo. En delirantes, donde predomina la reticencia, ésta desaparece.

En la terapéutica de los estados depresivos con energetisantes, es posible observar un estado maníaco en el cual paradójicamente aumentan los peligros de suicidio o tal estado es fugaz y es seguido por un incremento de la depresión.

Ante estos hechos cabe preguntar si en las condiciones de energetización vital y de nivel hiperlúcido de conciencia que induce el fármaco, no se logra una vivencia de triunfo o pseudotriunfo como en el maníaco, reproduciendo algo semejante a lo descrito por Freud respecto a los que fracasan al triunfar o si la excitación maníaca promueve el actuar psicótico en otros planos.